

Carrasquilla conoce la capital*

JAIME SANIN ECHEVERRI**

A no ser por algún curioso manuscrito de un jesuita suspenso y desterrado, o por unos versos de buena caligrafía en el pergamino de los donantes don Joseph y don Félix Mejía del sagrario para el templo de la Virgen de Arma, en Rionegro, literatura antioqueña no hubo en la época virreinal. Ya cercana la independencia, durante ella e inmediatamente después aparecen las plumas de los próceres: el señor Zea, don José María Salazar con las estrofas del primer himno patrio, don José Manuel Restrepo con su monumental historia de la revolución y tal vez algunas sentencias, visas fiscales o alegatos de abogado del señor Martínez como fiscal de Morillo contra los insurgentes o de don José Félix de Restrepo como magistrado. Bogotá y Tunja, en cambio, sobresalen desde la conquista con la prosa acerada contra Jovio de don Gonzalo Jiménez de Quesada, con la incomparable capacidad versificadora de don Juan de Castellanos, con los arrebatos místicos de la Madre del Castillo y Guevara, con el alto gongorismo del padre Domínguez Camargo. Y en la Popayán de vísperas de la guerra magna bastarían las plumas de Caldas y Torres para demostrar ejecuciones letradas de madura sazón. En toda Colombia ha habido valores que no fenecen con la muerte del autor. Resultaría difícil —tal vez infantil y necio— comparar por ejemplo el florecer reciente de la narrativa en la costa Atlántica con la temprana esplendidez de un caleño como Jorge Isaacs, o bien el profundo lirismo de un José Eusebio Caro, ocañe-

* Lectura de Jaime Sanín Echeverri en la Academia Colombiana de la Lengua con motivo del cincuentenario de la muerte de don Tomás Carrasquilla.

** Intelectual, expresidente de la Asociación Colombiana de Universidades, escritor, exparlamentario, miembro de las Academias de Historia y de la Lengua.

ro, con el mérito del pastuso Alvarez vertiendo en verso castellano la rapsodia homérica e imprimiéndola en griego por su propia mano.

La Nueva Granada tuvo un paréntesis de cuarenta años desde la independencia. Los claustros universitarios tocaron el fondo de su decadencia. Los profesores europeos regresaron a su península nativa y los criollos versados terminaron en plena juventud su trayectoria en los cadalsos. Mediado ya el siglo XIX aparecen los patriarcas de la poesía: el mencionado Caro, Ortiz, Pombo y Gutiérrez González, los cuatro pilares con los cuales se construye nuestra literatura republicana. Para don Jorge Isaacs podría reclamarse un lugar más de techo que de columna en esa edificación sorprendente.

Gregorio Gutiérrez González es el fundador de la literatura en Antioquia. Regresa de Bogotá, ya togado, a convertir en valores estéticos los acaeceres cotidianos de su comarca. Planta los mojones de lo que habrá de ser la literatura de Antioquia, volcada siempre sobre sí misma, escarbando su tierra avara para sembrar siempre semillas nativas, sordo a las voces que vienen de más allá del mar, ciego a las influencias, cerrado ante las modas de turno. Hay en su tiempo en España y en América poetas de más calado y de mayor perfección formal, pero en originalidad supera a sus contemporáneos. El continente e islas habían sido descubiertos físicamente siglos atrás, pero América estaba, y sigue estándolo, por descubrir. Lo que Humboldt y Mutis habían realizado para la ciencia descubriendo nuestra gea, fauna y flora, poniéndole nombre a cada especie, indagando en cada ser hallado sus virtudes, eso faltaba y sigue faltando en el descubrimiento de los valores estéticos ocultos en los seres americanos. Es cierto que hubo un adelantado precursor, don Andrés Bello, capaz de alzar hasta la oda nuestra zona tórrida, pero el esfuerzo épico de la *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*, o el lirismo en torno de un riachuelo insignificante como Aures o la profundidad de un bicho que “huyendo de la luz / la luz llevando / sigue alumbrando / las mismas sombras que buscando va”, esos son inventos de Gutiérrez González sin antecedentes en la literatura, con los cuales se inicia una expedición literaria de alcance indefinido, que apenas está en proceso.

Este fue el perfil inconfundible, la marca de fábrica, que Gutiérrez González infundió a la poesía antioqueña.

Lo siguió de cerca don Epifanio Mejía, y en cada parroquia hubo un cantor, cada uno más apegado a su terruño. De la mía, Santiago de Arma de Rionegro, imposible olvidar a Juan José Botero y a Juan Cancio Tobón. A lo largo de casi siglo y medio de literatura antioqueña, los poetas que han logrado brillar por encima del cerco de su cordillera, conservan el sello de cantar lo propio y repudiar lo exótico, cada uno dentro de las más variadas maneras. Porfirio Barba-Jacob eleva a la categoría estética "las teresitas de azul crepuscular", los "lulos de oro", "los astromelios de Sopetrán" y tantas otras florecillas de que se duele que carezcan de clasicismo. León de Greiff, entre sus músicas arcanas, eleva a rango poético los nombres geográficos, como Virgilio lo hizo con escondidos rincones del Lacio. ¡Qué inmensa diferencia entre el Bolombolo cantado por él y el sórdido playón del Cauca donde el calor, la mugre y los volátiles oprimen al viajero! Nuestros bardos recién fallecidos Carlos Castro Saavedra y Jorge Robledo Ortiz con cuantas veras conservaron ese afecto por lo inmediato, ese enaltecer su propio ambiente, ese acercarse a la tierra con la misma ternura del labriego. En este apego de estetizar lo tangible y próximo quizá solo pueda compararse con los vates antioqueños don José Joaquín Casas.

En poesía estaba, pues, hecha la conquista americana. Tomás Carrasquilla, bachiller de la Universidad de Antioquia y matriculado en la Escuela de Derecho, se esconde en su pueblo natal, Santodomingo, de huida del reclutamiento para las guerras civiles. Miembro de una familia semifeudal de mineros, disipa los días interminables en la lectura de cuanto hay en la Biblioteca del Tercer Piso y lo que le llevan los arrieros desde la lejana Medellín. Lo demás son visitas de medio día, con chocolate "parveado", de casa en casa, escuchando chismes de las vecinas, feliz con los cuentos y consejos. Y el día de mercado, revuelto con los campesinos auténticos, gozoso con los giros y los decires habidos en conserva desde el siglo de oro, los mismos que de noche, a la luz de su vela, hallaba con fruición en los amados clásicos. Ya treintón, repleto de estos haberes intangibles, dio en la vena de escribir y mostrar sus escrituras al compañero de infancia y de estudios en la capital del Estado Soberano, Francisco de Paula Rendón. El cual correspondía, como emulando, con otros cuentecillos, a los que ni el uno ni el otro daban mayor trascendencia.

Se filtra la noticia de sus ejercicios literarios, y un buen día, en Medellín, lo invitan a pertenecer a la tertulia que dirige Carlos E.

Restrepo. De modo análogo había invitado a Gregorio Gutiérrez González aquella sociedad de agricultores que exigía presentar al ingreso una memoria de la actividad agraria, y la suya fue la del cultivo del maíz. No puede negarse la importancia del espíritu de asociación para el quehacer del literato. En ese ambiente se prendió la polémica sobre si hay o no materia novelable en Antioquia. La respuesta irrefutable de don Tomás fue presentar una novela que como *Entrañas de niño* no alberga material alguno no sea tomado del medio circundante. No con personajes nacionales o internacionales, cuya grandeza desdibuja los rasgos originarios, sino con gentes ordinarias e intrascendentes y con episodios rutinarios y frecuentes, hombres, mujeres y hechos triviales, incorporados al paisaje.

Con el visto bueno de sus paisanos en la pequeña Medellín cobra Carrasquilla seguridad, la confianza en sí mismo que en adelante lo asistió, tan distinta de la vanidad que jamás tuvo, de la codicia de gloria y del engaño de haber logrado su anhelo, que tanto estorba a muchos y los detiene para nuevos avances.

Vuelto a su “pueblo de las tres eses —feo, frío y faldudo”— pasa a limpio su manuscrito con caligrafía esmerada, reúne sus ahorros, asegura el apoyo económico familiar, y se lanza a Bogotá para imprimir su primer libro. Se llama *Jamones y solomos*. Muy pronto, un poco bogotanzado, hará caso a don Jorge Roa y a don Laureano García Ortiz y lo bautizará *Frutos de mi tierra*.

Gran talento de narrador muestra don Tomás en sus peripecias de viaje. El ferrocarril lo sobrecoge:

También me da miedo. Para qué voy a decir mentiras. Aquello no es que chilla ni que pita, sino que brama, como si todas las fieras del monte se juntaran a echar recitaciones como en escuela: y aquel bramido retañe por estas cañadas del modo más medroso, mientras el primero se riega y cruje echando chispazos y llamaradas con cien candelarias juntas.

(Carta a su familia de octubre 28 de 1895. *Obras*, Bedout p. 726).

En cambio sobre el río Magdalena anota: “No sé por qué, pero la vista del río no me produjo ninguna emoción: antes me pareció una cosa tan conocida”. (Idem, p. 727).

En cambio los vapores lo hacen casi delirar:

Por la tarde, estando atisbando en el balcón del hotel, veo

que sube río arriba, con mucha pausa, una cosita como iglesia de muñecas. 'Vapor de abajo'. Principia a gritar la gente; y todo el puerto se alborota. La iglesita, con nadado de perrito, se fue acercando hasta ponerse al propio frente del hotel. Era el *Juan Bernardo Elbers*, el tercero de la compañía en calidad, y el segundo en tamaño. La vista de esta cosita tan enorme y tan bella sí me puso arrozudo.

El 17 de octubre de 1895 abandona a Antioquia. Describe minuciosamente no solo el barco sino a cada uno de los integrantes de una compañía de ópera que en él navegan, empezando por el maestro Azzali, y retrata a cada uno de los pasajeros con sus pelos y señales. Se solaza con las italianas y los cantantes:

El modo de jartar esa gente da horror, y por cualquier cosa arman unos escándalos horribles. Un caimán, una tortuga, una garza, era motivo para guacharaquiar media hora. Sacaban rifle y revólver, pero ni caimán ni pájaro pudieron matar por más bala que echaban. En las paradas del vapor a tomar leña se bajaban casi todos a ver qué topan para comer: ellos jinchen guayaba biche, bellota de cacao, botones de naranja: en fin, lo que topan.

Aventuras y dificultades con sus baúles y sus cabalgaduras, con sus peones y sus fondas, "caballero en un mulo amarillo, muy humilde y virtuoso, pero duro como él solo, pude ponerme a las siete en Villeta", después de haber dormido una noche en hamaca "que es lo más emborrachador". "Esta parte de Cundinamarca es más quebrada que Antioquia, y tiene puntos hermosísimos y con mucho cultivo, como "Las Tiballes" donde tiene el doctor Plata Azuero un cafetal muy grande y un caserón muy bueno y elegante".

Por fin, pasada Agualarga que hoy es Albán y admirado por los cerros de "El Aserradero" que parecen ciudadelas de piedra, llega a la Sabana.

Bonita y risueña en los comienzos, se desprende de unas colinitas muy esponjadas y redondas, de líneas muy suaves, pero luego se va volviendo muy pesado aquello y muy monótono.

La falta de árboles altos, los trigales que apenas se ven por los parches amarillentos y sucios que forman aquí y allá; los ran-

chos de paja, tan torcidos, tan erizados y tan descuajaringados; el ganado, que no blanquea, por ser todo de color oscuro, le da a esa altiplanicie un sello de tristeza, pero de tristeza fea y aburridora. En "Los Manzanos" ya se alegra un poquito por las hileras de eucaliptos y cipreses, y por la vista de Facatativá, que ya se ve cercana, en apariencia.

Por fin llega a Bogotá:

No sé qué horas serían cuando llegamos a la estación. ¡Qué gentío, qué movimiento; el chinerío voceando periódicos, peleando por sacar equipajes, ofreciendo carruajes y comestibles; la novelería de gente; el palpitar vertiginoso de la gran ciudad, lo entusiasman y lo aturden a uno (. . .) Angel nos metió los bártulos en su carro; nosotros nos metimos en una calea, y después de atravesar muchas calles nos descargó en el "Hotel Europa", calle de Florián, al propio frente del Banco de Colombia".

Una semana después, por el siguiente correo, escribe a su casa, a Isabel, Amalia, Lino y compañía. Veamos las impresiones de un solterón provinciano ante la Bogotá de casi un siglo, anterior a los rascacielos y ascensorés:

No sé como componérmelas para hablarles del tal Bogotá, sin decirles mentira: si les digo que me ha gustado, miento; y miento también si les digo lo contrario. Lo mejor será decir, aunque parezca un contrasentido, que me ha chocado y agradado a la vez.

Trataré de explicarme:

Bogotá es la ciudad de los contrastes y de las contradicciones; parece un rebrujo de cosas lindas, nuevas y preciosas, y de vejeces, basuras y porquerías; Hay pedazos en el que le parece a uno que es en Europa en donde está y hay otros que son como cosa de "Guanteros" y "El Niguateral". No los comparo con "El Chispero" o con "El Alto" porque, si bien son más feos, tienen ese no sé qué animado y pintoresco de los barrios pobres de las ciudades.

Las antigüedades, que ahora nos fascinan, poco agradaban el siglo pasado:

En las iglesias hay mucha vejez, mucha chapetonada y mucha cosita. Me han agradado mucho La Tercera, San Carlos, Santo Domingo, y, con especialidad, San Francisco. La capilla del Sagrario, tan ponderada, tiene una portada muy curiosa y muy linda; pero por dentro es de un horror: los cuadros de Vásquez, ¿quién me lo había de decir?, me han parecido tan horrendos y mamarrachudos, que yo he dicho, para mí, lo que decía Clara Duque con los santos nuevos: “¿Qué tendré yo en estos ojos?”

Tamaño exabrupto de don Tomás quizá se explique pensando que su único término de comparación para la obra de don Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos eran las litografías renacentistas que saboreaba en sus libracos.

Oigamos sus impresiones sobre la catedral primada, más justas acaso que las de su capilla del Sagrario:

Me parece más bonita pintada de azul en los géneros blancos, que vista en realidad. El material es hermoso; el primero y segundo cuerpos del frontis son muy elegantes y proporcionados, pero de ahí para arriba la fueron haciendo a la diablo, en ejecución y en estilo, y acaban tan feo las torres que parecen cosa del Padre Benito. ¡Con decirles que la una es más alta que la otra!

Por fortuna —comentamos nosotros— aquellos tuerfos de nuestra basílica han sido ya remediados.

Pero continuemos la descripción de Carrasquilla:

Por dentro es bastante majestuosa, pero el altar, que es una caricatura del de San Pedro de Roma, la daña un poco. Tiene capillas, muy bonitas algunas, y altares muy recargados y lujosos, lo mismo que lienzos y esculturas.

Antes de visitar con admiración el mercado, el teatro Colón y el capitolio, inconcluso, cuenta que “los parques me han parecido hermosísimos, sobre todo el de ‘El Centenario’, no tanto por el templete central, que imita el templo de Vesta, cuanto por lo umbrío y melancólico, y por la frescura que produce en cuerpo y alma”. Y en esta Atenas suramericana sueña con el Partenón: “Las estatuas de Bolívar y de Mosquera son una belleza. El capitolio lo

hace soñar a uno con el Partenón; tal es de severo e imponente. ¿Cómo será cuando lo terminen?”.

Resulta muy simpática la admiración que demuestra don Tomás por la bicicleta en esa Bogotá anterior al automóvil: “Otra cosa me ha encantado mucho y son las bicicletas (no sé cómo se escribe)”. Bicicleta era entonces un neologismo que no se hallaba en los diccionarios. Y prosigue don Tomás:

Qué delicia ver esas gentes resbalando en esas ruedas, con esa suavidad, esa delicadeza, esa rapidez y esa gracia: No puedo menos de sentir como cierta envidiecita cuando veo un tipito de estos rodando por esas calles y paseos. ¡Quién tuviera diez años menos y no tanta gordura para aprender a montar en esas ruedas: ver por las tardes y las mañanas las ringleras de dieciséis o veinte, es cosa que trastorna; y verlos hacer esas curvas tan veloces y tan elegantes para no tropezar con carruajes y transeúntes. ¡Luis me parece que no resistiría a tantas seducciones!

Penetremos, pues, en el mercado:

No se imagina uno cómo puede juntarse tanto de comer, ni cómo puede haber quién se pueda jinchir ese mundo de cosas. La sección de legumbres y yerbas causa vértigo; en la de aves, se venden gallinas, patos, gansos, pavos, piscos, perdices, pichones, palomas y me parece que hasta el Espíritu Santo; en otra venden cangrejos, peces vivos, que se rebullen en los canastos de un modo que ataca los nervios, ánguilas, bagre, dorada; en otra, el canasterío forma montañas y cañadas; los puestos de frutas son una cosa tan bella y tan variada, que solo viéndolos se puede formar idea de los que ellos son. El mercado de menudencias de cuchino es el más curioso y original: los vendedores y las vendedoras, que son las más, usan traje especial, compuesto de uno como camisón muy blanco y aplanchado y de gorro o turbante blanco también, con cintajos y adornos de colores, con cuentas y plumas. En unas partes venden cabezas, en otras pezuñas, en otras morcilla; aquí un rimero de costillas; aquí las lonjas enrolladas de tocino, acullá los cueros para los famosos chicharrones. La manteca la venden en rosarios hechos en tripas, y, unas veces en grandes canastas, otras en sartas colgadas, se ven por todas

las ringleras como un bejuco que lo enredara todo. En fin: ¡que aquel mercado es un sueño!”.

Y a renglón seguido describe don Tomás el Teatro Colón:

El teatro sí que lo es: tiene 105 palcos y 104 focos de luz eléctrica en figura de glicina. Las filas segunda y tercera están sostenidas por cariátides doradas, correspondiendo cada una a las divisiones de los palcos, y cada una distinta en posición y en cara. La cuarta fila, o sea el paraíso, está sostenida por quimeras. La fila primera está sostenida sobre una basamento lisa que imita jaspe de Cerdeña. Los antepechos están adornados con medallones que tienen caras hermosísimas en bajo relieve, como las de don Barreneche, hechas de terracota y pintadas de un gris perla; a más de estos relieves hay águilas, festones, hojarascas y emblemas musicales de tan lindo dibujo y de tan primorosa ejecución, que sería necesario un mes para ponerse al tanto del conjunto, de la combinación y de los detalles. Todo esto es de oro sobre fondo blanco, y con ser tan hermoso y prolijo, es una bobada comparado con los frescos del cielo y con el telón. En el centro de este hay un rosetón calado, tan bello y tan bien pintado, que uno ve el fondo del cielo de noche oscura, a través de los calados. Siguen al centro seis compartimientos de una forma muy rara, en los cuales aparecen unas figuras femeninas muy primorosas, que representan el Drama, la Tragedia, la Armonía, etc. Por el borde, entre molduras y encrespados, ondula un festón de rosas y margaritas, pintado de tal suerte que parece va a caerse sobre los espectadores de la platea.

Si es bello el cielo —continúa Carrasquilla— lo es mucho más el telón: es una combinación encantadora de los personajes más célebres de la ópera: allí están Norma, el Barbero de Sevilla, Carmen, Mefistófeles, etc. Costó en Italia 27.000 pesos oro. Se me olvidaba decir que el palco del presidente está sostenido por dos estatuas, que no sé qué representan; y que en la abertura del proscenio, en la parte central, hay un reloj muy lujoso. ¡Figúrense, ahora, cómo quedará aquello con los palcos colmados de hermosuras, que ostentan un lujo y una elegancia, ante los cuales son una caricatura los lujos y las elegancias de Medellín.

Si eso fue Bogotá para don Tomás, don Tomás para Bogotá fue un

huésped grato. Los cuatro periódicos de entonces lo saludaron con cordialidad. Fue invitado a muchas casas ilustres y muy pronto se hizo miembro acatado en las tertulias del ya mencionado don Jorge Roa y de Max Grillo; que ofreció una recepción para presentarlo, sin contar las atenciones de sus paisanos como Laureano García Ortiz. Pero aflora el criticón de siempre:

La ciudad, aunque muy grande, no lo es tanto que no se conozca la vida y milagros de todo el mundo. Hay mucho cachaco pendejo e insulso, y mucha más cursilería que en Medellín, toda vez que todo el mundo está empeñado en meterse "la Gómez". Esto es cosa tan palpitante, tan manifiesta y tan clara, que se nota desde el primer reparo que se haga.

Más adelante se refiere a la entonación de los bogotanos: "La habilita de la tierra ésta encanta en las mujeres y en los niños, pero en los hombres es a veces empalagosilla y hasta parece afeminada".

Carrasquilla conversa sobre precio y condiciones de los impresores bogotanos, hasta que acierta contratando la hechura de su "grande obra" con don Raimundo Rivas. Pronto empiezan a salir los cuadernillos, alguño con tirada adicional de doscientos ejemplares para preparar su lanzamiento, otro reproducido como primicia en una gaceta local. Probablemente si don Tomás hubiera continuado imprimiendo sus obras en la capital correrían con mejor suerte que las impresas en Medellín sin la elegancia y el buen gusto desplegados en la primera por Rivas. En carta a Papá Bautista y Mercedes del 24 de noviembre, les comunica:

Ahora, por si acaso les gustare el humo, les diré que la novela ha conseguido mejor atmósfera que en Antioquia: los pocos que la han leído la ponen en los cuernos de la luna, especialmente los Gutiérrez Isaza, Laureano García y Jorge Roa. Ha habido quien me espete en mi cara que "apenas Pereda escribe así". Y decir Pereda aquí es como decir la Santísima Trinidad, porque en Bogotá adoran a ese autor con exclusión de los otros. Es gente de partido hasta en literatura. Por lo cual todo prójimo a quien me presentan me sale felicitándome por aquella "maravilla" que irá a resultar como "el parto de los montes".

Ya para el 2 de diciembre puede dar parte a su amigo entrañable el

también novelista dominicano Francisco de Paula (Pacho) Rendón sobre las cumbres de la intelectualidad bogotana. Al primero que menciona es a Pombo:

Produce esta tierra de Bogotá un "entuntunamiento" raro, no solo en el forástico que, como yo, viene de una parroquia, sino en los extranjeros y en los mismos habitantes de la ciudad. Y te lo afirmo así, no por lo que me pase a mí, sino porque se lo he oído afirmar a varias personas entendidas. El fenómeno se lo explica don Rafael Pombo, a quien he tratado mucho, diciendo que debido a la altura de la ciudad, el corazón trabaja mucho, y que, a más de esto, el abuso de la papa —que aquí es verdadero abuso— produce no sé qué fenómeno en el cerebro, que, si no soy víctima de él, llaman afasia, o casa así, en la jerga técnica. La tal palabrota dizque significa falta de retentiva para la léxica y la terminología. Pregúntaselo a Maurito y enséñasela a *la Niña*. Pero, sea así o asá, es lo cierto, Pachito, que aquí se nota en uno mismo y en casi toda la gente cierta dificultad para expresarse, y algo como impropiedad en frases y en palabras, que le cogen a uno muy de nuevo. La gente dice muy fácil y ligerito todas las fórmulas y paradas aprendidas de memoria por el uso; pero, en trantándose de algo lírico o personal, nadie sale con nada de servir, aunque sólo se trate de un chascarrillo como los de Yepes. Te puedo asegurar que, entre mucha gente blanca y sabida, a quien he tratado y oído hablar, sólo he visto facilidad y soltura en don Emiliano Restrepo, que sí es un gran "causeur" aunque inflado de vanidad y de jactancia. El mismo Antonio José Restrepo, tan elocuente en tierra de Antioquia, en la más boba de las conversaciones, es aquí de lo más ramplón y bizantino. El día del gran piquete dado por Grillo, de que dió cuenta el doctorcito Burgos en "La Epoca" de Zuleta, habló Antonio José, y no puedes suponerte con las carajadas tan mal dichas con que salió. ¡Y luego les pones tiza a los oradores de la parroquia! ¿No se te hace muy raro esto? ¡Pues a mi me pasma!

Siendo imposible en esta noche la lectura completa del epistolario bogotano de don Tomás, al menos veamos lo que dice de los tres grandes poetas, Pombo, Silva y Flórez, aunque no en el orden en que él los retrata:

Don Rafael Pombo —dice— es las ruinas de Herculano: una curiosidad arqueo-antropológica. ¡Qué desencanto! No es

tá tan viejo para tanta chochez: debe ser algo de tocamiento. ¡Si lo oyeras disertar sobre un remedio que ha descubierto para los hombres que no sirven: Aquí tenía loco a don Pedro Vázquez. Su gran autor es Dumas, y *El Conde de Montecristo* la obra del siglo. Once veces dice haberla leído. Tiene la casa llena de monos, como llaman aquí las pinturas malas, revueltas con obras maestras. Y luego aquella figurita de mico vestido, que le ayuda.

En seguida se refiere a Silva:

José Asunción Silva. . . ¡ ¡ ¡Virgen de la Trinidad, mi querida Madre!!! ¡Ese si que es el tipo de los tipos, y la cosa particular! Es un mozo muy bonito, con bomba de para arriba, como el doctorcito Jaramillo, y muy crespo él y barbón. Hazte cuenta "El Buen Pastor" de las señoras González. ¡Pero no te puedes suponer qué bonitura más fea ni más extravagante! Es muy culto y muy amable; pero con una cultura tan alambicada y una amabilidad tan hostigosa, que se puede envolver en el dedo, como cuenta Goyo del dulce de duraznos de Santarrosa. Modula la voz como dama presumida, y, sin embargo, no tiene nada de adamado. Anda como un huracán, pero con mucho compás. Da la mano pegándola del pecho, encocando cuatro dedos y parando el índice, de modo que uno tiene que tomársela por allá muy arriba. En fin: es un prójimo tan supuesto y afectado, que causa risa e incomodidad al mismo tiempo; y a vuelta de todas estas rarezas, es muy ilustrado y parece muy inteligente. Ya me explico por qué hizo aquella caricatura tan famosa de la poesía rubendariaca: es que él es un rubendariaco en carne viva. Aquí lo llaman José Presunción Silva Pendolfi (por pendejo), y por hacerle pareja a Silva Pendolfi, el ministro venezolano. El cual ministro debe ser también bastante "pe-ene-pen", a juzgar por un discurso que le oí en el colegio pestalozziano.

Pero escuchemos la noticia sobre Flórez:

¿Y qué te dire de Julio Flórez? Nada, m'hijito: porque para formarse idea de lo que es él, se necesita verlo, oírlo y tratarlo. Siempre se dice que los hombres célebres se achican al acercárseles: ¡pues con Flórez sucede lo contrario!

Así y todo intentaré retratártelo. Es el poeta por tempera-

mento; el hombre marcado por Dios con el sello del genio; con el genio encarnado en un cuerpo de hombre. Es la poesía hecha carne. Ni alto ni bajo, delgado al par que esbelto; pie y manos finas y largas, y muy airoso y reposado de movimientos. La cara, la cabeza toda, es un poema por la expresión y por la belleza: pálido, con una palidez de perla; y tan fino y satinado de tez, que parece cera esmerilada; las cejas y el bigote son tan negros, tan finos y tan primorosamente dibujados, que no parecen de gente de "verdá", sino de gente pintada. Los labios son tan graciosos, tan volubles, y tan sumamente rojos, que no puede concebirse cómo, con esa anemia que denuncia aquel cuerpo, haya ahí tanta sangre y tanta vida; y son sus dientes tan primorosos y blancos que hasta parecen azules. Tiene orejas violadas y unos ojazos rasgados con una pupila tan grande y de una negrura tan intensa, que se le forman focos de luz, como a los ojos de las Dolorosas; también en el pelo liso y un poco flotante se quiebran los rayos solares como en superficie charolada. En toda esa figura tan idealmente hermosa y tan varonil, hay no sé qué de triste y de enfermizo que encanta y ofusca al mismo tiempo. Viste siempre de negro, traje muy humilde y aseado, corbata angosta y cuello tendido; nunca usa sombrero de copa sino de fieltro. Es muy moderado y silencioso, y su voz es medio atragantada, a la vez que muy dulce. Toca violín con una expresión y un sentimiento que pone los nevios en rebullicio. Canta con tanta suavidad y con estilo tan particular, que eso sí es de veras que es cosa del otro mundo. En cuanto al modo como recita no podré expresártelo: Bástete saber que le oí recitar una poesía inédita titulada "Víctor Hugo" y me dejó enfermo: toda la noche me la pasé viendo al hombre.

¡Qué estrofas! ¡Qué arranques! La cara se le contraía como a un poseso y su voz era por momentos como un acedido!
¡Sin duda, Pachito, que el poeta de veras es un loco, un verdadero energúmeno!

Pero, ¡ay!. . . "¡es cincelado vaso de oro puro que solo flores agotadas guarda!". Es un bohemio, un perdido, tormento de su pobre madre, y que vive una vida de iniquidades. Las mujeres dizque se mueren por él y lo mantienen. No las culpo.

No creas que en esta semblanza hay "tiza": por lo menos son mis impresiones.

Buena obra haría esta Academia Colombiana, de la que se rió a sus anchas en su momento, pero a la que perteneció y amó, la que hizo para él el mayor reconocimiento nacional al otorgarle el premio Vergara y Vergara, si editara sus cartas bogotanas, unas veintiuna, escritas aquí no solamente en su primera estada en noviembre y diciembre de 1895, sino en su segunda, de tres años, de 1914 a 1917, ya no como el minero próspero que viene a imprimir su primera novela, sino como el modesto empleado oficial, temeroso de que si resulta electo Guillermo Valencia perderá su puesto por las burlas que ha hecho sobre los temas exóticos de su poesía, y espe-
ranzado en Marco Fidel Suárez, su paisano, que, de resultar electo, le conservará su mezquina plaza de funcionario ministerial. Sobre Valencia había escrito: "Lástima que poeta tan egregio no tenga una nota siquiera para su tierra; lástima que sea extraño en su casa. Recuerda, bardo venturoso, que eres paisano de Jorge Isaacs, y que a tu región caucana le debes algún canto. . .". Ciertamente no había escrito aún Valencia su *Canto a Popayán*.

La burocracia, pues, no ha sido ajena a los antioqueños. Podemos ver en alguna época de su vida a Gutiérrez González como secretario de hacienda, a León de Greiff como oficial de estadística, a Castro Saavedra como registrador del estado civil, a Robledo Ortiz como embajador en Nicaragua y a Manuel Mejía Vallejo, la gloria viva de la novelística antioqueña, como director de la Imprenta de la Universidad de Antioquia. También los artistas plásticos antioqueños han dependido en algún momento del tesoro público. Tobón Mejía fue cónsul en Génova y Arenas Betancurt agregado cultural en Roma.

Lo cierto es que don Tomás Carrasquilla es otro de los descubridores de América. En esa provincia maravillosa de la novela terrígena hizo tanto como Gutiérrez había realizado en la poesía épica. Después de su obra a nadie se le ocurrirá poner en duda si hay materia novelable aun en los más escondidos rincones del continente.